

La novela proletaria



25
cts

CAPITAN
SEDILES

Las
calaveras
de plomo

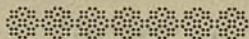
Ayuntamiento de Madrid

LA NOVELA PROLETARIA

PUBLICACION SEMANAL

Director: ALFONSO MARTINEZ CARRASCO

Año I



Núm. 7

Las calaveras de plomo

Novela corta

por

SALVADOR SEIDLES

Portada de GUY



EDICIONES LIBERTAD

Calle de Roma, 41
MADRID

LA NOVELA PROLETARIA

ha publicado los siguientes números, que servirá a los corresponsales:

Sindicalista de acción, por Augusto Vivero.

Una pedrada a la Virgen, por J. Antonio Balbontín.

Las ánimas benditas, por Eduardo Barriobero.

La caída del dictador, por Angel Pestaña.

Mi dama y mi «star», por Angel Samblancat.

¡Pero mató a un burgués!, por Alfonso Martínez Carrasco.

Las calaveras de plomo, por el capitán Sediles.

El próximo número se titulará

El confidente

por

EDUARDO DE GUZMAN

Imp. Campos (hijos), Castelar, 30, Madrid.

Retrato literario de Sediles

Si necesitásemos buscar un modelo de verdadero héroe, lo hallaríamos, con toda exactitud, en Salvador Sediles.

El capitán glorioso, que en los días sangrientos de Jaca rió a la muerte, que acercábase a él, llevada de la mano por la odiosa monarquía, es el prototipo del héroe auténtico: valiente en el peligro, risueño ante la desgracia, noble y generoso. Y algo más: idealista, enamorado de un mundo mejor, donde la ley sea justicia, y la justicia sea ley; el amor con ojos perspicaces de que hablaba Nietzsche.

Pero a Sediles le cabe un grado más de gloria que a cualquiera de los que se reducen a teñir con su sangre los campos de batalla, en brazos de roja quimera. Nuestro capitán, que desafió muchas veces el plomo bajo el sol marroquí, no se limitó a ser el capitán, la pieza de una máquina inflexible que funciona mecánicamente, con automatismo férreo.

Sediles puso su valor al servicio de la Libertad, que es algo muy otro de la libertad escrita con tiralíneas en tales o cuales Códigos. Sediles ofrendó sus energías, sus bríos mozos, todo el pujante idealismo de su espíritu, en pro de los que tienen hambre y sed de justicia, de los que padecen el aguijonazo de la miseria y reciben golpes de tralla en su dignidad de


hombres, la más excelsa conocida. Por ello fué Sediles más glorioso.

Llábase a Sediles, y con razón, el muerto resucitado. Lo es. La monarquía, en sus convulsiones agónicas, quiso empapar con la roja sangre del valeroso capitán el mismo Campo de los Mártires donde nació una República que no es esta República. Pero la monarquía no se atrevió a retar esta vez las iras populares, el inmenso impulso colérico de la Nación. Y España salvó a su Sediles imponiendo al XIII maldito una justicia que en balde quiso disfrazar de clemencia. ¡Clemencia! ¡Y por sublevarse contra facciosos!

Desde entonces, la juvenil y simpática figura del tercer capitán, es inseparable de la sublime de Galán y la generosa de García Hernández. No se puede evocar a los dos héroes gloriosos, sin volver la vista al intrépido muchacho cuya tumba quedó sin la presa que le destinaban.

Hoy, si vivieran Galán y García Hernández, sentirían y pensarían como Sediles, estarían en la sembradura del legítimo ideal republicano. ¿No está con Sediles Franco, el caballero del aire, el que cerró con la gesta inmarcesible de su vuelo la gesta inmortal de Colón y los Pinzones?

Convéncete, lector. El héroe artista, comparece y dice...



Las calaveras de plomo

«Tiene — por eso no
lloran — de plomo las
calaveras.»

(GARCÍA LORCA.—*Romance
de la Guardia Civil.*)

I

Era un tipo repugnante. Había nacido para comer, únicamente para comer; después de comer holgaba. ¡Y que no le gustaba tumbarse al sol! Fuerte, rebosando vida, aquel muchachito era todo un hombre de dieciocho años y aún no había cogido un libro ni empuñado un azadón. Leer, ni sabía leer; lo que un pobre maestro municipal con ánimos de misionero había logrado, a fuerza de estar atento

al refrán de que «la letra con sangre entra», garrapatear; también sabía garrapatear, sin noción ortográfica. Ya era bastante; el maestro en cuestión se merecía la gran cruz del esfuerzo si la hubiera.

Desde pequeño, había oído muchas veces a su abuela—beatona consecuenta y visionaria—un estribillo que empezaba así:

—Mi niño va a ser cura «pa» que luego llegue a obispo y no le falte de nada. Y viva muy repantigado en su sillón, y coma buenos jamones. Mi niño, si Dios quiere y su abuela vive, será cura. ¡Por éstas! Como me llamo Andrea...

Y se lo decía mirándole mucho a la cara, y dándole fuertes besucones, como queriendo grabarle en el pensamiento aquella afortunada idea que había de perseguirle año tras año, en la juventud pausada de hombre tragón e insuficiente.

La abuela se murió, claro está. Se fué del miserable mundo con aquellas ideas tan particulares, y al mismo tiempo tan exactas sobre la misión de los obispos.

Pero el niño no fué cura; para serlo le hubiera hecho falta abrir un poco la inteligencia, y él no la tenía. Hacía falta estudiar, y él no sabía.

Y sin embargo, la mayoría de edad se iniciaba en el zagalón sin que el espíritu le alentara en ninguna.

empresa. El zagalón sólo quería vivir su vida; su vida que era comer y dormir, perturbada ahora por deseos sexuales.

Al no trabajar, de comer le iba faltando. No le quedaba en la familia nada más que su madre, vieja y sin autoridad o sin consejo para encauzarle en la vida.

Y le faltó: otro día también le faltó la madre, y Tomás—así se llamaba el malnacido—comenzó una época de discernimiento, que para él representaba algo así como sentarse en todas las esquinas a descansar.

Cualquiera que no hubiese sido él, a los veinte años, con un metro ochenta de estatura y cerca de uno de perímetro torácico, se habría dedicado a trabajar. Pero él se dedicó a profundas investigaciones sobre la manera de eludir el trabajo. Le amenazaba de cerca, muy de cerca, el servicio militar; y frente a él, constantemente, un hambre voraz, un apetito insaciable.

Buscaba inútilmente la fórmula. Para allegar recursos con que sobrevivir, o mejor dicho vivir su vida, no hallaba profesión adecuada; en todas había que poner a contribución el esfuerzo de la inteligencia del cuerpo; el saber, el entendimiento, también eran motores para conseguir la bienaventuran-

za del dinero; pero... ¡ay!, Tomás no tenía más que cuerpo, y éste... éste no se decidía a desgastarlo.

La casa de su madre, aquel cuchitril miserable donde se había fecundado su fortaleza holgazana, regada con las alabanzas y consejos perniciosos de la arrugada abuela, constaba de dos camastros—en uno de los cuales había que acostarse por sorpresa, pues al menor movimiento se derrumbaba—, una mesa desvencijada, dos sillas cojas, y un cajón roto, que servía de sofá las más de las veces a algún que otro visitante, aunado en el dolor y la paciencia de aquella pobre mujer que acababa de marcharse para siempre. En aquel cajón se sentaba la vieja, junto a la ventana. La recordó. Su abuela era la única que le comprendía. Nunca quiso que el niño hiciera esfuerzos, y le defendía cuando no quería ir a la escuela. Para más comprenderle, hasta pretendía darle una profesión descansada: «Mi niño será cura». ¡Cura! En los seminarios hacían estudiar... ¡Y fraile! Le asaltó la idea excepcionalmente.

¡Irse a un convento!

Le martilleó las sienes aquella frase tan castizamente española, durante algún rato. La repitió en alta voz.

Parecía una nueva Ofelia, a la que un invisible Hamlet le hablase al oído.

II

Un día salió de su casa, como todos los días: vestido con aquel trajecillo remendado, lleno de corcusones, herencia legada de unos señores a los que servía su pobre madre; la gorra de pana, y unas alpargatas llenas de mugre. Anduvo y salió a las afueras; tomó la carretera y siguió andando. A poco de salir del límite de la ciudad estaba ya en el campo, abierto a todas las ansias humanas y animales; el campo, fuerza motriz de la naturaleza, tuvo para Tomás una repulsa espontánea; allí había unos hombres doblados al sol que trabajaban; como en la ciudad, como en todas partes.

La carretera le ofreció también el espectáculo del trabajo; los peones camineros, los carreteros que pasaban trémulos sobre la carga de los sacos.

¡La guardia civil! La guardia civil pasó de largo con los fusiles sobre el hombro, horizontales. Y el haragán tuvo para la pareja una mirada de simpatía. También la guardia civil le pareció bien; por

dos cosas; porque no trabajaban, y cuando lo hacían era para matar trabajadores. ¡Tipo odioso le era el del trabajador!



Aquel primer día de camino y apetito lo llevó muy moleestamente. Tenía la confianza puesta en su ánimo, porque al final le esperaba el premio, la satisfacción de su instinto, y seguía andando por pausas: de cuando en cuando se tumbaba en una ladera del camino y al amparo de un sombrajo, y estaba como una media hora o más mirando al espacio.

A la noche, el apetito se le hizo irresistible. Había que comer, fuese como fuese. Pero la fortuna, que siempre sale al paso de los miserables, le fué propicia. ¿Cómo no? Pasaba por un campo sembrado de habas. El alimento no era muy ameno, pero su hambre no entendía de sutilezas. Y robó y comió hasta hincharse.



Tres noches y tres días anduvo carretera adelante, hasta llegar al punto de su destino. Cuando le acuciaba el hambre, buscaba un sembrado; unas veces eran habas, otras garbanzos verdes, guisantes;

cuando no, encontraba un melonar propicio, bellotas, árboles frutales. Había descubierto en sus aptitudes otra cosa que le enorgullecía y le tranquilizaba: el robo.

Cuando le fallaba el maná de la naturaleza, aguardaba llegar a un pueblo, pedía de casa en casa un pedazo de pan, o algún sobrante de la comida; y nunca faltaba el labrador dispuesto, que había sudado aquel pan que le otorgaba, y lo compartía murmurando:

—¡ Pobre hombre ! ¡ Sabe Dios... !

* * *

Peñaleal es un pueblo grande con un convento. Era el convento al que Tomás encaminaba sus pasos, seguro de que en él iba a encontrar todo lo que enturbiaba su cerebro. «¿Qué hay que hacer?», pensaba. «¿Rezar? Rezaré. En eso no hay inconveniente. Después de todo, se hace como que se reza, y ya está.»

Llegó al convento y llamó a la puerta. Se defendía ésta con una verja, amplia, en lo material, y con un cristo sobre el arco en lo espiritual. El vagabundo dió dos golpes decididos en el llamador. Hubo de repetirlos al cabo de cinco minutos, que le sirvieron para afincar con fuerza su resolución.

La vida, en su forma natural y honesta, le hizo un último llamamiento: vió a los arrieros pasar junto a él, mirándole extrañados. Era por la mañana y caminaban alegres hacia la bendición de los campos.

«Pero luego volverán cansados, sudorosos», pensó Tomas. Y repitió con fuerza la llamada.

Al fin, contestaron desde dentro. Se oyeron primeramente unos pasos, luego unos cerrojos más cerca, crujió la puerta, se abrió, y apareció un frailote grande con barba.

—A la paz de Dios, hermano—díjole Tomás, que se había documentado antes en este formulismo.

—El le acompañe, hermano—respondió el fraile.

—Hermano...

Tomás puso una cara muy compungida.

—Hermano..., yo quería hablar con el prior...

Antes de que el fraile contestara, el mangante se echó a llorar con tal propiedad, que el otro se asustó y abrió más la puerta:

—No se aflija, hermano. ¿Qué le ocurre? Pase, pase y no se aflija. La misericordia del Señor es infinita...

Pasó Tomás, y el fraile cerró tras él la gran puerta de madera guarnecida de hierro.

Un grupo de campesinos pasó por la carretera, hacia el campo, hacia las tierras.

III

Cruzó raudo, como endemoniada centella, el automóvil magnífico, de marca suculenta, que conducía los restos de una dinastía real. El chófer galoneado, fijos los ojos en el horizonte de la carretera, borracho de servidumbre, atravesó el pueblo sin reparar en él, sin acortar la marcha en lo más mínimo, despreciando aquel trozito del corazón de España, donde los hombres labraban la patria todos los días para mantener los hijos que habrían de sacrificarle.

Un hombre de unos cincuenta años, que marchaba con otros a las faenas, fué embestido y volteado por la fiera mecánica. El suceso tuvo reminiscencias de plaza de toros.

* * *

Tres días después, un corresponsal indiscreto dió la noticia a los periódicos.

«Al pasar por el pueblo de Peñaleal el automóvil que conducía a S. M., camino de S..., un labrador, desesperado, se arrojó a las ruedas del vehículo. El chófer no pudo evitar el suicidio y el labrador que-

dó muerto en el acto. Al conocer la noticia, S. M. se impresionó vivamente.»

* * *

Bartolomé Expósito se llamaba el muerto. Era padre de tres hijos: uno, de diez y ocho años, labrador como él y ayudador en el mantenimiento de la madre; una hermanita de nueve y un pequeñuelo de uno. Bartolomé Expósito, apellidado inclusero en el que podíamos cifrar un símbolo de «Juan Español», tenía fama de honrado y trabajador en el pueblo; su hijo había salido a él: trabajador, honrado y fuerte. Es lo que dijo el cura cuando lamentó el suceso, mientras la madre y esposa enjugaban difícilmente el raudal de lágrimas:

—Después de todo, mujer, Dios sabe muy bien lo que se hace. Él, te lo ha quitado por su cuenta y razón; pero ya «ves»: te ha dejado un hijo moce-tón, con apego al trabajo, para que te lo pueda ganar.

A lo que ella respondió:

—¡Bueno estaría, señor, que se hubiera llevado a los dos!

—¿Y dice «usté» que Dios se lo llevó?—rezongó tragándose las lágrimas el mozo, que asistía a la escena de las conformidades.

—Se lo llevó el otro ños; el que tiene automévi-

les y dinero, y vive en palacios; ese que cuando lo vemos pasar es «pa» que ocurra una desgracia como ésta.

El teniente de la guardia civil miró fieramente al muchacho, al tiempo que decía:

—Yo no puedo oír hablar así de S. M. el Rey. Cállate la boca, muchacho, y ten cuidado. No te meto en la cárcel, porque... soy yo, y además estás bajo la impresión de una desgracia. Pero como vuelvas a hablar de ese modo, no voy a tener más remedio que cumplir con mi obligación.

El muchacho rechinó los dientes de rabia y barbotó indignado:

—¡ Tan perro es el rey como los que le defienden !

La mano de uno de los guardias que daban escolta al teniente, levantada contra el muchacho, cayó en su rostro, y produjo el mismo efecto que si hubieran arrojado una bomba en el centro del grupo. Las mujeres chillaron; los hombres produjeron un rumor de fiera contenida que se iba a desbordar:

—¡ Ehhh ! ¡ Maldita sea !...—masticaron más que dijeron.

La madre dió un alarido y cayó al suelo como herida por un rayo, ante la brutal impresión.

El mozo fué a revolverse ciego, ajeno al porve-

nir en su ceguera; pero un culatazo le derribó en tierra. Acudieron otros mozos a él para evitar la furia de los guardias:

—¡Quietos!—rugió el teniente, un tanto asustado del cariz que tomaban las cosas. Los guardias contuvieron unos instantes su ímpetu natural.

—¡Llevaros a ese!—volvió a gritar, ahora a los mozos que rodeaban al huérfano.

La escena se desenvolvió rápidamente, como todas estas escenas en los pueblos de España. Los mozos soltaron su ira, contenida siempre, contra la guardia civil.

Arrastraron al muchacho, quitándole del grupo:

—¡Vente, León!

—¡Vente, que te matarían, a pesar de «tó»!

—¡No «tién concencia»!

—¡Ahora no! ¡Vámonos!

—¡Ya nos las pagarán «toas» juntas!

—¡Mialos!, siempre al «lao» de los ricos y avasallando a los pobres!

Retrocedió el grupo de mozos a impulso de los guardias, que agitaban las culatas contra ellos, gritándoles:

—¡Fuera! ¡Fuera!

Un silbido audaz salió de una garganta, y enardeció aún más a los guardias, que se lanzaron a

una ofensiva a culatazos; los mozos huyeron en todas direcciones, entre medrosos y resignados, llevándose al muchacho que había originado el suceso; el cura y algunas mujeres acudieron a asistir a la madre accidentada.

Una vieja extática, enlutada, presencié la algarada tras una ventana. Al ver a los guardias cómo golpeaban a los mozos, se tapó los ojos horrorizada.

—¡ Señor, Señor!—murmuró—, perdónalos, que no saben lo que hacen.

IV

Tres años han transcurrido en Peñaleal desde aquel día en que Bartolomé Expósito fué asesinado a mansalva por el automóvil del rey. Tres años de aquel tumulto, frente a la casa del cura, entre la guardia civil y los obreros. Desde entonces ha crecido la fortaleza espiritual y corporal de León, amasada con la enseñanza de la tragedia.

Aquel pueblo, como caído casualmente en medio de la planicie castellana, ya no es un pueblo sin nervio, ya no es un pueblo de parias; ya compren-

de la necesidad del trabajo, con un deseo más justo de reivindicación, porque sabe valorar su obra. Aquel pueblo ya no está arrullado a golpes de azadón; los golpes de azadón, más que arrullarle, le han despertado. Los acontecimientos históricos se han precipitado en torno de él, y espera ver realizados unos derechos que de pronto aparecieron a sus ojos como si les hubieran quitado una venda.

A ello contribuyó muy en parte la trágica muerte de Bartolomé Expósito, el prototipo del campesino honrado y trabajador, que había dejado cristalizadas en su hijo todas las virtudes. León Expósito había seguido apegado a la tierra para llevar hasta el término de su existencia la carga de un hogar despojado. Mas las causas y circunstancias de aquella vida cortada habían transformado su entendimiento, y con el suyo, el de todo el pueblo. Ya no sólo se pedía trabajo; ahora se pedía trabajo y derechos.

Era León una especie de guía o espejo de aquella orientación general de la juventud. Un poco mártir, otro poco valeroso y un mucho joven y fuerte, le daban una preponderancia, una sensación de jefatura en este despertar de las conciencias a los resplandores de una justa renovación social.

* * *

Este pueblo, esta generación creada en tres años y pico, ha visto cómo un día le dijeron que se había proclamado la República; se quitó del balcón del Ayuntamiento aquella bandera que había ondeado siempre, y se la sustituyó por otra de tres colores:

—¡Ya han «llegao» los nuestros!—dijeron unos, entre ellos León Expósito, que creía llegada la hora de la liberación.

—¡Son los nuestros!, ¡los nuestros! ¡Viva la República!—gritaron en la plaza.

—¡Son los del capitán Galán!—dijeron los más enterados.

—¡Viva el capitán Galán! ¡Viva García Hernández!

Quitaron de la carretera que cruzaba el pueblo aquel letrero que decía: «Calle Real», y pusieron otro: «Calle de Galán y García Hernández».

Y se dirigieron a la casa del cacique. Y le apedrearon. Y...

Y a los dos días, estaban todos trabajando otra vez en sus faenas del campo, con las conciencias clavadas en la esperanza que le había prometido el nuevo alcalde y que se podía traducir en estas palabras: «Se hará justicia.»

¡Vaya! Ya era hora de que algún día se hiciera justicia.

V

Viene, a manera de historia, en el trasunto fiel de esta novela, una mujer. Una mujer que aparece de pronto, reclamando su puesto en la vida vulgar, que para las mujeres es siempre extraordinaria.

León, contemplando una noche, después de la cena, las brasas del hogar, pensaba en su porvenir y en el de su familia. De pronto levantó los ojos, y vió a su lado, sentada en la baja silla, a su pequeña hermana, que le pareció una mujer hecha y derecha. Se restregó los ojos.

—¿Cuántos años tienes, Juliana?

—Doce... ¿No lo sabes...?

—Sí, pero... estás hecha una mujer.

—¡Qué tonto eres!—le reprochó la muchacha, mirándole de reojo. Y siguió metidita en su labor.

Pero el mozo se aumentó las preocupaciones con aquello. Había que tener un cuidado más. Su hermana ya era una mujer. Y guapa. El desarrollo se presentaba rotundo y rápido. En adelante, tendría que cuidar de ella como de su propia vida. Aún

más; habría de cuidarla con desvelo, con sentimiento que hasta entonces, hasta aquella noche, León no había percibido. ¿Cuidarla como su propia vida? No; ésta no le interesaba nada: cuidarla como su propia honra; porque era la suya, su honra.

Sintió por vez primera también el peso grave de una grave responsabilidad.

Se acordó de su padre.

Se emocionó.

Y luego se sintió hombre él también. Y fuerte. Y valiente. Fareció como si la lumbré de los leños se le hubiera pasado al pecho. ¡Dios! ¡Qué animoso estaba para seguir viviendo!

* * *

—¡Madre! ¡Que no quiero que vaya la Juliana al convento, ea! ¡Que no quiero! ¡Que no me gusta que vaya la Juliana al convento!

—¡Ay, hijo! Pero si tú no sabes lo que la quieren los frailes. A ella y al mozuelo. Mira: al mozuelo le regalan todos los días fruta de la huerta. «Tién» una huerta en el convento... ¡Ay, qué huerta!

—Pues a pesar de eso, madre, no me gusta que vaya. No sé... No me gusta. No les tengo ley a los frailes.

—¡ Pobres ! ¡ Son tan buenos... ! ¿Qué mal hacen a nadie?

—No sé, madre... No trabajan; los frailes no trabajan, y tengo pa mí que el que no trabaja en este mundo no es bueno ni honrao...

—No digas eso, hijo. Sí trabajan. Trabajan en su huerta. ¿No te digo que tienen una huerta?

—Una huerta «pa» ellos solos, que son unos egoístas. Trabajan muy poco; casi «na». Y «pa» eso trabajan su tierra. Hay que trabajar la tierra de «tos», madre. ¡ Sudarla !

La mujer no entendió del todo aquellas razonables palabras del muchacho.

—Es una contraley, madre—repetía él—. El que no trabaja, ni tiene mujer ni hijos que mantener, tengo «pa» mí que no es bueno ni «honrao».

VI

Tras el portón del convento, la casa del lego Tomás se ha iluminado con una alegría magnífica. Ha visto por la mirilla que aquellos golpecitos leves son de Juliana y su hermanito. Abre el lego los cerrojos que defienden la casa, y entran los dos muchachitos sonrientes y medrosos:

—¡Ave María Purísima!—dice la niña.

—Sin pecado concebida, santísima—contesta el lego—. Así, así; muy bien.

Y acaricia las mejillas de la niña.

—Así se dice; lo dices muy bien. Hoy lo has dicho muy bien. ¡Je. Je. Je!

Vuelve a acariciarla las mejillas. La niña sonríe al fraile ingenuamente.

El vestíbulo conventual, severo y arcaico, contrasta, al traspasar la cancela, con la alegría solar de la puerta, rodeada por arriates y azulejos.

La huerta es pequeña, lo suficientemente eficaz para proveer a quince hombres. Cada día le toca a uno de ellos cuidarla. Por tanto, cada quince días trabajan los frailes un poquitito; lo necesario para regar las hortalizas; es como un modo de ejercicio, que a la quincena de estar mano sobre mano y rezo sobre rezo, contemplando con arrobamiento de eternidad el minuto que pasa, deleita lo mismo que un deporte o un juego entretenido.

Cuando llegan los dos niños de las manos del lego, la huerta está acabadita de regar, lustrosa y limpia. Toman el sol, sentados en el banco rústico que hay en un sendero, dos legos más: el lego José y el lego Antonio. Al ver el grupo vuelven la cabeza y sonríen. Tomás los mira y sonríe también. Hay en

las tres sonrisas algo inexplicable de sadismo; las tres barbas ralas de los frailes iluminadas por los semblantes, dan al cuadro una apariencia mefistofélica; dijérase que al pincel lo ha inspirado una sensación lúbrica.

El hermano Tomás pasa junto a los otros dos; enseñándoles a los niños la huerta. El lego Antonio no puede reprimir una frase de ironía.

—Todos los días les enseña usted lo mismo, hermano...

El lego Juan ha acentuado aún más el poder maléfico de su sonrisa.

—¡Son tan monos...!, explica Tomás, sin perder el deje intencionado de su sonrisa.

—Sí; sobre todo la nena...—vuelve a ironizar el otro.

Ríen los tres ya francamente.

* * *

Mientras los niños jugaban en la huerta, hablaron los tres legos:

—Esta jovencita está hecha una mujer, hermanos —dijo Tomás—. Esta jovencita me despierta unos deseos que me perturban desde hace algún tiempo. Será pecado, hermanos, yo lo comprendo, pero es la realidad. Con ustedes puedo sincerarme, porque

no es la primera vez que hablamos de estas cosas...

Su mirada trascendía un turbio resplandor de lujuria triste.

—Hay que resignarse, hermano—dijo Juan.

—Sí hermano, sí; hay que resignarse—terció Antonio, que estaba poseído de la misma sensación que Tomás—. Hay que resignarse, pero las formas de mujer de esa niña, sus pechos abultados, excitan demasiado. Yo comprendo el caso del hermano Tomás; casi estoy por decir que a mí me ocurre lo mismo.

Antes, en este convento, podíamos satisfacer el deseo con algunas mujeres del pueblo, que se prestaban a ello. Pero desde hace algún tiempo hemos de resignarnos.

—Pues yo—interrumpió el que había aconsejado la resignación—, encuentro un gran alivio en el onanismo.

—Eso satisface hasta el momento que se tercia en el camino una mujer, hermano—concluyó Tomás—. ¡Una mujer!

Los ojos del onanista miraron al cielo en éxtasis, buscando allí, en un punto concéntrico, el origen de todas las dichas. Aquellos hombres, hasta para suspirar por una mujer, miraban al cielo.

* * *

El lego Antonio era más audaz, y propuso la abe-
rración.

—Vamos a echarlo a suerte, hermano. Al que le to-
que se lleva la muchacha primero, mientras los otros
dos entretienen al mocosuelo; se la engaña con cual-
quier pretexto, diciéndole, por ejemplo, que le va-
mos a enseñar la cocina. Una vez sólo con ella, el
agraciado procura satisfacerse; pero sin violarla, ¡por
Dios...!

—Eso sería perdernos.

—Y perderla.

—Pero sobre todo perdernos.

Hubo una leve vacilación.

Pero la lujuria, dueña y señora del mundo, «madre
de la melancolía», se impuso una vez más, golpean-
do con fuerza los sentidos de los tres frailes, en
aquella mañana primaveral llena de olores campes-
tres, fuertes y trascendentes, que hacían desbordar-
se toda la naturaleza humana.

—¡Sea! Y que Dios nos perdone—resolvió Juan,
que era el más reacio.

—Pues... a no perder tiempo—añadió el audaz.

Y cortando una hojita de un arbusto, echó las ma-
nos atrás para que los otros no vieran en cuál la es-

condía. Luego enseñó los puños cerrados, y se los ofreció a Juan:

—¿Dónde está la hoja?

—En la derecha.

Abrió las manos. La hoja estaba en la izquierda. Quedó eliminado el lego Juan. A Antonio le tembló la barba, le palparon las aletas de la nariz, se contrajo su rostro en una exposición de satiriasis. Nervioso, precipitado, volvió a esconder la hojita del arbusto; pero en desconcierto feliz olvidó hurtar el escondite a los ojos de Tomás; éste señaló rotundo la mano que contenía el talismán: la derecha.

* * *

Tomás invitó a la niña a ver la cocina.

—Ven; que voy a ver si ha quedado algún pastel del postre de hoy—le dijo.

El nene fué a seguirle. Pero él lo detuvo.

—Ahora viene tu hermanita. Quédate aquí, que te vamos a traer un dulce.

Sonrió el pequeñuelo con una sonrisa infantil encendida. Los otros dos frailes se acercaron a él y uno le ofreció unas cerezas que acababa de cortar.

—Toma. ¿No te gustan las cerezas?

El pequeño alargó su manita, olvidado ya de su hermana.

El lego Antonio vió con envidia cómo desaparecían, por la puerta del edificio, Tomás y la niña.

* * *

El sátiro tomó el camino de su celda, hizo pasar a la niña, y cerró tras sí después.

Comenzó a acariciarla, pasándole una mano por los cabellos.

—Eres muy guapa—balbució con voz enronquecida por la emoción funesta.

La niña no comprendió aquello; miraba atónita a las paredes del cuarto, y enrojecía sin saber por qué.

—Dame un beso—le pidió el canalla. Ella obedeció sumisa.

Entonces, recorrió con las manazas, ávidas y temblorosas, el cuerpo virginal, por debajo de las ropitas, que olían a manzanas curadas. Ciego, se dió a besarla furiosamente en la boca sin sensaciones. La levantó en vilo y la arrojó sobre el catre.

Gritó la criatura aterrada, ante la pavorosa actitud del monstruo. El, la tapó la boca.

Y...

* * *

Cuenta el pueblo, que el sacrificio de aquella puertad llegó a consumarse a medias. Los gritos de la muchacha, y la excitación sensual de la bestia hu-

mana, precipitaron la cópula. De no haber sido así, hubiera perecido la niña ante la brutal acometida salvaje.

Quizá hubiera sido mejor. Porque en el prejuicio pueblerino, vivirá en adelante esta mujer como una deshonrada.

En el prejuicio pueblerino de Celtiberia, la honra de las mujeres sólo está concebida entre las piernas.

VII

Se amotinó el pueblo. Hombres y mujeres, llenos de santa indignación, marcharon al convento, armados de palos, escopetas y navajas:

—¡ Justicia ! ¡ Mueran los frailes !

—Canallas ! ¡ Ladrones de honras !

Gritaba la multitud enardecida frente a las puertas del convento, guarnecidas de hierro.

—¡ Fuera ! ¡ Matadlos a todos !

En las celosías rebotaban las piedras, sin dejar huellas.

—¡ Quemarlos vivos ! ¡ Vamos a prenderles fuego !

Unos cuantos vecinos acudieron con latas de petróleo; lo rociaron en la puerta y a lo largo del edi-

ficio, y le prendieron fuego. Se inflamó el combustible, escandalizando con sus llamas una siniestra visión. Pero... aquellos muros de piedra, aquella puerta de hierro, no podían arder.

Acudió la guardia civil presurosa, para defender el convento.

—¡ Los civiles ! ¡ Los civiles !—gritaron.

—¡ Haced justicia ! ¡ Son unos canallas ! ¡ Han «abusao» de una niña ! ¡ Esos ! ¡ Los hipócritas ! ¡ Santurrones !

Con el teniente de la guardia civil venía el alcalde.

—¡ «Señor» alcalde: haga usted justicia !—clamó una voz.

Y las demás voces repitieron a coro:

—¡ Justicia ! ¡ Justicia !

La autoridad municipal se subió a un promontorio, en el lindero de la carretera, y habló de este modo:

—¡ Ciudadanos ! ¡ He comunicado al gobernador de la provincia lo ocurrido, y me ha prometido que se hará justicia ! ¡ Confiad en ella ! ¡ Los frailes serán castigados por la justicia de la República ! ¡ Ahora, calmad los ánimos, a disolveros, a esperar la resolución del gobernador, que no tardará en llegar !

—¡ Estamos hartos de promesas que no se cum-

plen!—gritó una voz, destacándose de entre la manifestación. Era León, el hermano de la pobre niña mancillada.

—¡La República se está portando con nosotros lo mismo que se portaba el rey!

—¡Bravo! ¡«Tíe» razón!—aclamaron otras voces.

—Si es verdad que hay República—siguió el mozo—, que entre la guardia civil en el convento y nos entregue al ladrón que acaba de robarme la honra!

—¡Que entre! ¡Que entre!—rugió el pueblo, sugestionado por la prédica de León.

—¡La guardia civil de la República—continuó éste—debe defender al pueblo; y no a los frailes, ladrones de honras...!

—¡Bien dicho! ¡Bravo!

En aquella masa hirviente y popular, hubo un movimiento decisivo. Algunas mujeres se encararon con los guardias:

—¡Vosotros sois del pueblo! ¡Ayudadnos! ¡También vosotros tenéis hijas!

El teniente de la guardia civil, a quien el celo de la ordenanza le hacía refractario a la sensibilidad, gritó:

—¡Basta ya!

Y dirigiéndose a los guardias:

—¡Carguen!

La patrulla hizo sonar unánime los cerrojos de los fusiles, y se preparó a disparar.

León, transfigurado, loco, se adelantó con los brazos en cruz, y se puso delante del teniente gritándole:

—¡ Teniente ! ¡ Que me han robado la honra !

El pueblo siguió tras él en un impulso espontáneo. Presa de un pánico inconsciente, sordo a la clemencia y al derecho, el oficial lanzó al aire una palabra, que sirvió para rotular la tragedia:

—¡ Fue...go !

Los guardia dieron unos pasos atrás. El pueblo fué hacia ellos, no se sabe con qué propósito, porque las bocas de los fusiles lo impidieron saber. La descarga sonó cerrada, rotunda, material.

Rodaron algunos, hombres y mujeres. León, quedó muerto en el acto, con el pecho atravesado por dos balazos.

El petróleo encendido de que habían rodeado el convento, ardía ya a ras del suelo, como rubricando la impotencia de una justicia popular.

Salvador Sediles

¡Éxito formidable!

S. V. P.

Jesucristo, mala persona

y

Las alegres abuelas de Jesucristo

por

AUGUSTO VIVERO

Los dos primeros volúmenes de la formidable colección anticlerical *Biblioteca de los sin Dios*.

¡El terror del beaterío!

¡El espanto de la clerecía!

¡El coco de los cavernícolas!

Primorosos folletos semanales de 32 páginas, con bella cubierta, 25 céntimos.

Pedidos a reembolso, con el 30 por 100 de descuento, a

EDICIONES LIBERTAD

Roma, 41. - MADRID